

Ambos lados del muro: Alemania (Occidental)

Gerd Koenen

Historiador, autor de diversas obras sobre comunismo y la nueva izquierda occidental.

Historiador, autor de varias obras sobre comunismo y la nueva izquierda occidental.

Versió original en castellà

Versión original en castellano

Original version spanish

Siguiendo la usanza anglosajona comenzaré con una anécdota. Cuando en la tarde del 9 de noviembre de 1989, poco antes de las 19.00 horas, los reporteros de la cadena de televisión norteamericana NBC destinados en Berlín, que me habían contratado precipitadamente dos días antes como asesor e investigador científico, enviaron al otro lado del charco el mensaje: “¡El muro de Berlín se está derrumbando!”, todos los alemanes del equipo se llevaron al unísono un dedo a la frente siguiendo el lema de Asterix: ¡Están locos estos romanos (es decir, los americanos)! ¿Acaso estos reporteros no habían escuchado a Günter Schabowski, miembro del Politburó, en la conferencia de prensa? A la mañana siguiente, los ciudadanos de la RDA podían dirigirse a las autoridades para hacerse sellar allí el visado para un día. Después, a partir de la primera hora de la mañana, pasarían las primeras colas de visitantes por la frontera. Aquel 9 de noviembre de 1989 más valía acostarse pronto, ya que el día siguiente sería muy largo.

En realidad, ese “día más largo” de la posguerra ya había comenzado. Y si puedo (al igual que Goethe después de la batalla de Valmy) decir “Yo he estado allí”, se lo debo al instinto certero de mis colegas americanos, que no nos escucharon ni un minuto ni a mí ni al resto de sus asesores alemanes. Los cinco equipos que la NBC había reunido en Berlín procedentes de todo el mundo se dispersaron inmediatamente de nuevo para tomar posesión en todos los pasos fronterizos hacia la Alemania del Este. En la Puerta de Brandenburgo, mucho antes de que llegaran los primeros equipos de televisión alemanes, ya habían construido una plataforma impresionante en primera línea. Esta tribuna permitió mirar por encima del muro y a través de la Puerta de Brandenburgo, adentrándose con la vista hacia la parte oriental. ¿Qué estaban esperando? ¿Qué creían que iba a pasar ese día? Pero ellos persistieron, y los acontecimientos les dieron la razón. En algún momento después de las nueve –no sé si entre tanto ya se había averiguado con precisión el minuto y el lugar de esta histórica rotura del dique– llegaron de repente los primeros jóvenes del Este. Habían pasado sencillamente por las líneas de los confusos guardias del puesto fronterizo, que no habían recibido órdenes claras, y habían saltado ligeros las barreras y los obstáculos de la frontera. Una vez llegados al Oeste daban la impresión de sonámbulos, como si hubiesen traspasado un muro que hacía un momento todavía estaba allí y que, de repente, se había vuelto inmaterial de una forma surrealista.

Era una escena como la de la novela de Gabriel García Márquez *El otoño del patriarca*, cuando las personas entran en el gran palacio y comprueban con asombro que su amado líder, el líder máximo, el potentado eterno, al que han temido durante toda su vida, ya se había podrido y únicamente existía en sus sueños.

Los alemanes occidentales fuimos, pues, los últimos que nos dimos cuenta de que el muro se estaba cayendo. Y esto no era un hecho casual.

A modo de introducción me gustaría citar un texto del maravilloso libro de un contemporáneo mío, Wolfgang Büscher, que ha vivido durante los últimos 30 años en la zona occidental de Berlín. El libro, publicado en 1998, se titula *Drei Stunden Null* (‘Tres horas cero’) y se refiere a los años de 1945, 1968 y 1989. Wolfgang Büscher escribe lo siguiente sobre la vida curiosamente ingrátida en esta antigua ciudad en primera línea de batalla, a uno y otro lado del muro:

“El muro atravesaba la ciudad como un rumor... Antes esta cosa había sido fea, pero ya no atraía el odio, sólo el arte. Hacia 1427, un joven florentino pintó la Santísima Trinidad sobre el muro de una iglesia. Cuando se descubrió el fresco, éste provocó sólo un gran asombro. El

muro, que en el fondo no era más que un muro, mostraba ante los ojos de todo el mundo la profundidad de una capilla. El pintor, Masaccio, había recuperado la largamente olvidada tercera dimensión de las imágenes, el pasaje hacia el espacio. En Berlín se vio que la senda de la percepción recorre también el camino inverso. Al igual que el muro de una iglesia puede convertirse en un espacio, un cuerpo totalmente espacial que atraviesa la ciudad y la divide se puede encoger hasta convertirse en una especie de papel pintado. Un papel que se pinta y sobre el que se hacen *graffiti* hasta que ya no tiene otra referencia que la de sí mismo, hasta que se convierte en un mero soporte para pintar, sin más substancia corpórea que la cal de Masaccio. Ya eran únicamente los turistas inocentes los que subían a estas tribunas panorámicas de la guerra fría. El vecino informado que vivía cerca del muro lo sabía: "No vale la pena mirar. No hay nada detrás."

Pues, sí, así fue realmente. Para un segmento cada vez mayor, y que desde finales de los sesenta era claramente orientador de la opinión de los habitantes más jóvenes de Alemania Occidental e, incluso, de los berlineses occidentales recién aterrizados, la RDA se había convertido en un país prácticamente desconocido, es decir, más aún, en una mancha blanca sobre la retina de su imagen del mundo. Detrás de ella sí se extendía, no obstante, un ancho Este plagado de mitos, que ocupaba muchas de sus fantasías, como quiero mostrar más adelante. Este no era el caso en lo que se refiere a la RDA, que para nosotros se había convertido más o menos en una tierra de nadie.

Este hecho, difícilmente comprensible para el exterior, resultó de un proceso social psicológico que no se puede explicar, únicamente, a partir del poder físico de este destartado muro o del mero hábito que se había adquirido con respecto a la división de la ciudad. Al fin y al cabo, el muro no representaba únicamente la división de Berlín y de Alemania, sino de Europa y, en cierto sentido, incluso del mundo. Constituyó un recordatorio constante, hecho de piedra, de que la Segunda Guerra Mundial había terminado sin firmarse tratados de paz válidos y sin el reconocimiento definitivo de las fronteras en el centro de Europa. La mera existencia de este muro y de la RDA, a la que el muro mantenía en su sitio, degradaba a la República Federal y a su Constitución, convirtiéndolas en un hecho provisional expreso.

No obstante, nosotros, los alemanes occidentales, nos habíamos acomodado totalmente en este mundo dividido, o para decirlo mejor, cuidadosamente separado; cada generación, sin embargo, se adaptó a su manera. Para hacer comprensible este hecho quisiera dar, antes que nada, algunas explicaciones, o presentar algunas tesis, en calidad de historiador, naturalmente de forma muy abreviada.

Primero no hay que perder de vista que Alemania nunca ha sido un Estado nacional clásico. Si observamos los derroteros que siguió la República de Weimar, que era aproximadamente un Estado nacional, vemos que es precisamente en este tipo de organización política en el que menos a gusto se han sentido siempre los alemanes. Durante siglos vivieron en el ambiente protector de pequeños Estados provincianos y pequeñoburgueses, en el "suelo patrio", o trataron de constituir, desde la Edad Media, un imperio más grande. Como el Sacro Imperio Romano Germánico, cuyo mismo nombre hace referencia a algo supranacional, provisto de títulos y mandatos suprahistóricos. Tampoco el Imperio prusiano-alemán, reconstruido en 1871 tras una guerra interna (contra Austria) y una guerra externa (contra Francia), fue un mero Estado nacional. La política y la propaganda de este Imperio guillermino¹ en las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial otorgaron a los alemanes el papel de "pueblo del mundo", predestinado a decidir en la política, la economía, la cultura o el trabajo mundiales de una forma aún más incisiva que Gran Bretaña, admirada en silencio como modelo y destinada ya a la abdicación histórica. Este oscilar sin norte entre el poder continental, el poder colonial y el poder marítimo rebasó todas las ambiciones meramente nacionales.

Esto es aplicable aún con más razón al imperio continental de la raza que Hitler inició con determinación en 1933. Dentro de este imperio, los alemanes como nación sólo debían ser el núcleo de un pueblo dominante ario-indogermánico totalmente nuevo, que tenía que crearse a partir de la lucha contra su contrario histórico, el judaísmo mundial, sobre la base del material humano existente, una casta de guerreros hiperbórea de corte futurista.

De hecho, y esto sería mi segunda tesis, el nacionalsocialismo no pudo sobrevivir como sistema político e ideológico porque se lo jugó todo a una carta, inició la guerra más total de todas, no retrocedió ante ningún crimen y consiguió que todo el mundo se convirtiera en su enemigo. Precisamente por su propio sistema de referencias ideológicas, con el “derecho vital del más fuerte” en primer lugar, el cataclismo de 1945 pareció encarnar, de algún modo, una ordalía o un sino histórico. Ya no había lugar para mitos como el de la puñalada por la espalda de los judíos utilizado tras la Primera Guerra Mundial. Hitler y sus paladines sellaron con su suicidio el absoluto fracaso de su proyecto arcaico de imperio mundial. Ninguna derrota hubiese podido ser más completa.

Si nos preguntamos ahora por qué los alemanes lograron pasar con relativa rapidez y sin problemas a un nuevo Estado socio-civil a partir del punto más bajo de su historia en los años posteriores a 1945, no nos será posible encontrar las causas en la exitosa “reeducación” por parte de los aliados, ni en una conversión político-moral más profunda. Tampoco las meras circunstancias de poder del nuevo orden mundial Este-Oeste nos brindan una explicación suficiente. Lo que ha sucedido, más bien, es que los dos sistemas históricos de organización política alemana antes descritos se combinaron de una nueva manera.

En la configuración de la RFA y de la RDA surgieron nuevamente los modelos alemanes más antiguos del pequeño Estado, las federaciones, “del suelo patrio”. Los alemanes, por decirlo con un aforismo, eran bien divisibles, por lo menos a lo largo de determinadas líneas de rotura históricas, como por ejemplo la del río Elba. Tanto la RDA como los *länder* de la República Federal mostraron muchos rasgos en común con las antiguas soberanías de los principillos y reyezuelos alemanes.

Al mismo tiempo, los alemanes habían experimentado y se les había inculcado de forma extrema un hecho que otras potencias imperiales –como España mucho antes, los Estados coloniales occidentales en los años posteriores a la guerra y, últimamente, también la Unión Soviética como heredera de un gran imperio anacrónico– habían tenido que advertir antes que ellos, es decir, que el proceso del *nation building* es imparable dentro y fuera de Europa y, a la inversa, que la posición que un Estado ocupa en el mundo moderno se mide menos por su dominio directo sobre territorios y poblaciones que, cada vez más, por las magnitudes móviles de su capital, tecnología, comercio e información.

En este sentido, la forma de organización política posnacional (o subnacional) de la República Federal de Alemania –y aunque algo menos, también de la RDA– después de 1949 integraba algunos de los impulsos anteriores, que iban más allá de lo nacional. De hecho, ambos bloques –tanto la Alianza Atlántica como el bloque comunista– se organizaron, durante el período de la guerra fría, alrededor de los dos Estados alemanes, que, a su vez, entraron en una relación preferente especial con los dos poderes hegemónicos de EE UU y de la URSS. Lo que al principio era sólo una ocupación, acabó convirtiéndose en una baza básica de responsabilidad y fiabilidad. Nada sucedía en la Alianza occidental o en la naciente Unión Europea sin pasar por la República Federal de Alemania (en cuanto a la RDA, era otro cantar).

El papel de la RFA aumentó aún más a partir de los Tratados del Este de 1970-71 con la Unión Soviética y con Polonia. La República Federal adoptó el papel de cogarante principal del statu quo europeo, no sólo frente a EE UU, sino, indirectamente, también frente a la URSS. Se podría incluso afirmar que, con el transcurso del tiempo, la República Federal de Alemania se convirtió, cada vez más, en la principal beneficiaria de la división de Europa.

Este es el lado objetivo y prosaico del proceso. Sin embargo, resulta aún más interesante su parte subjetiva y emocional. La guerra fría, iniciada en 1947-48, ofrecía también grandes oportunidades a los ciudadanos de ambos Estados alemanes, aparte de todos los rigores y peligros. Al optar por uno u otro de los poderes vencedores, los que acababan de llevar una enorme carga histórica pasaron al bando de los justos y se encontraron en la primera línea de combate contra los, según se creía entonces, auténticos enemigos mundiales: por un lado, los comunistas, y por otro lado, los imperialistas.

Uno se metía en una nueva piel democrática o socialista y disponía, inmediatamente, de perspectivas nuevas y amplias. El “mundo libre” llegaba hasta Hawai (sobre la que se cantaba infatigablemente en las populares cancioncillas alemanas de los años cincuenta),

mientras que la "formación de la paz mundial" llegaba hasta el Amur y el Yangtsé.² Al igual que el anticomunismo de la República Federal enlazaba de forma natural e inevitable con el antibolchevismo de los nazis, el anticapitalismo de los ciudadanos leales de la RDA enlazaba con los muchos elementos del pesimismo cultural y el anticosmopolitismo conservador alemán que antes se había dirigido principalmente contra los judíos.

También aquí se ve claramente cómo la actitud ante la propia carga histórica correspondía, en el fondo, menos al modelo psicoanalítico de la "represión" que al de la "división". Se puede decir que una inmensa mayoría de los alemanes occidentales han admitido de forma semiconsciente la división estatal y política, sin hacerla suya. Todo lo contrario: según los sondeos de opinión, durante décadas, una gran mayoría de los alemanes occidentales consideraba que el objetivo número uno del Estado debía ser la "reunificación alemana", que, al principio, englobaba también la recuperación a través de un tratado de paz de las regiones de la Alemania Oriental que habían sido integradas en Polonia. El eslogan era el siguiente: "Una nación tripartita, ¡nunca!" Más allá de esta vana reivindicación, los ciudadanos de la República Federal, no obstante, estaban muy lejos de sacar consecuencias, por ejemplo, en forma de un neutralismo que englobara a toda Alemania o, simplemente, mediante el intento de sondear más de cerca las ofertas soviéticas.

Este no reconocimiento de la división alemana formal, aparentemente por motivos patrióticos, produjo resultados paradójicos: el hecho de que la RDA, que existía realmente, fuera llamada durante los años cincuenta y sesenta únicamente "la zona" y que, incluso más tarde, durante mucho tiempo, en los periódicos conservadores fuera citada como la "RDA", entre comillas, hizo que se alejara cada vez más de la conciencia de los ciudadanos de la República Federal en calidad de no-Estado, de no-Entidad. Se abrió tal brecha entre lo que se decía a nivel oficial y lo que sentía el ciudadano de a pie, que tenemos que hablar, realmente, de una conciencia crónicamente dividida, prácticamente esquizofrénica.

Todo esto, insisto, no se puede tampoco explicar con la mera habituación o adaptación a las realidades. La aceptación de la división alemana se convirtió, más bien, en un modo capital de *Vergangenheits-Bewältigung* ('Superación del pasado'). Cuando Günter Grass dijo, en 1990, en medio de la indignación general, que había que mantener la división de Alemania ya que formaba parte de la expiación histórica por Auschwitz, sus palabras constituyeron, en realidad, sólo una versión ennoblecida de una forma de pensar que veía la compensación como un desagravio y que, desde el principio, era parte integrante de la psique del ciudadano de la República Federal de Alemania. Al fin y al cabo, por los crímenes del nacionalsocialismo y por una guerra mundial asesina iniciada unilateralmente, se había "pagado" no sólo con las ciudades alemanas destruidas y los millones de víctimas de la guerra, los bombardeos y la expulsión, sino también con las regiones del este perdidas y, finalmente, con la RDA, de la que se estaba prescindiendo tácitamente como una parte de la quiebra histórica. Las velas de Navidad en las ventanas para recordar a los "hermanos y hermanas de allí", el flujo de paquetes y paquetitos y los grandes discursos en los congresos de los expulsados no eran más que rituales mojigatos y autoconsolaciones con los que se celebraba la despedida del ayer. Se había cambiado historia por territorio y, por lo tanto, se podía pensar en nuevos objetivos sin preocuparse más.

La rebelión de los estudiantes de 1967-68 en la República Federal se dirigió también contra este doble fondo y esa hipocresía de la política oficial y de la conciencia social. Ya que acabo de escribir un libro con el título *Das rote Jahrzehnt - Unsere kleine deutsche Kulturrevolution 1967-1977* ('La década roja - nuestra pequeña revolución cultural alemana 1967-1977'), que trata, principalmente, de los conflictos generacionales radicales entre la generación de la guerra y la de la posguerra en esta época, en lo que sigue utilizaré la primera persona del plural. En un determinado momento, para nosotros era indispensable distanciarnos de la generación de nuestros padres para liberarnos de la maldición de su historia, para afirmar y delimitar nuestra propia experiencia vital frente a su pasado omnipresente.

Además, la forma en la que sentíamos entonces la época estaba también profundamente marcada por el hecho de que la tensión entre Este y Oeste se acababa de agudizar de forma dramática durante las crisis de Berlín y de Cuba. El asesinato de Kennedy, inmediatamente después de la ola de entusiasmo juvenil hacia él (provocado, en parte, por su famosa frase, dicha en un alemán defectuoso, "soy un berlinés"), produjo una desidealización casi repentina del "mundo libre". Las protestas contra la guerra del Vietnam eran también, en

último extremo, una expresión de esta profunda decepción. Y tanto más urgente se hizo el deseo de salir de esta rígida confrontación de bloques.

Fue así como la construcción del muro de Berlín, que fijó de forma férrea la situación en la RDA, liberó paradójicamente las contradicciones internas en el lado de la Alemania Occidental y de Berlín Occidental. Especialmente de Berlín, que, como ciudad en la línea de batalla, se convirtió en una caldera de alta presión y un laboratorio de todas las disidencias culturales y políticas, socialmente alimentadas por la entrada de los "que se habían largado" (en muchos casos, fugitivos del servicio militar), tanto del Este como del Oeste, y que se encontraron en esta capital medio vacía, que vivía de subvenciones, con una población proletaria y pequeñoburguesa histérica y sobrevenjecida de "gente que se había quedado". Estas confrontaciones y momentos calientes en el Berlín Occidental de 1967-68 desempeñaron un papel importante como detonador inicial, no sólo para el movimiento de protesta extraparlamentario en la República Federal de Alemania, sino posiblemente también para todo el movimiento juvenil internacional.

El punto de referencia imaginario para el abandono de la confrontación Este-Oeste fue la construcción de un "Tercer Mundo", del que hasta ahora nunca se había hablado. Entonces, los jóvenes rebeldes de Occidente apoyaron principalmente a una Cuba idealizada y a un Vietnam en lucha, como precursores de la lucha y centros de enfoque de un movimiento global, o tricontinental, de liberalización revolucionaria. Estas identificaciones idealizantes con el "Vietcong" (que en esta forma apenas existía) o con la empresa heroicamente inútil de una guerrilla universal a lo Che Guevara, una guerra revolucionaria mundial imaginaria de los pobres contra los ricos, de los pueblos del mundo contra las metrópolis del mundo, en cuyo fuego se forjaría el "hombre del siglo XXI", dieron la sugestiva apariencia de realidad a la negación radical de lo "existente", el propio mundo vital.

Esta expectativa fantasmagórica de un punto de inversión histórico, de un *kairós*, se solapó con otro impulso poderoso: el "regreso de la historia", principalmente el recuerdo de la época anterior, de la Segunda Guerra Mundial, que se extendía ante nuestro período de vida consciente como un enorme cráter, un "agujero negro", y en el que estaba integrado de forma tan determinante, y muchas veces traumática, la historia de nuestros padres. Esta representación de victorias y derrotas, de ocupaciones y acciones de aniquilación provocaron, en aquel entonces, en todos los países que habían intervenido en la contienda, profundas incisiones en la autocomprensión de los contemporáneos y de la sociedad en su conjunto. Para todos los países de Europa, incluidas las potencias victoriosas nominales de Inglaterra y Francia, la Guerra Mundial había comportado una reducción drástica de su importancia política internacional y una sacudida que, en muchos casos, era esencial, lo que Norbert Elias ha denominado la *propia capa* de una determinada sociedad y su "hábito social" determinante, una cantidad de ideales sociales fijos que "integran" las generaciones, de formas de vida y de comportamiento positivos, de identificaciones culturales, etc.

Naturalmente fue en Alemania donde esta conmoción fue más severa y donde tuvo un efecto más duradero. Las imágenes, cada vez más potentes y opresivas, de los crímenes en masa cometidos por los alemanes en los países ocupados y en los campos de concentración constituyeron una profunda pérdida de la confianza en la propia sociedad, que se manifestó en una "degradación" drástica de todas las relaciones de autoridad establecidas, de todo el código de valores vinculante y de los hábitos sociales. Por decirlo de forma más sencilla, existió para los adolescentes de la sociedad de la República Federal un vacío total que había que ocupar con ideales y ejemplos positivos. El hecho de que el movimiento que nació en 1967 se definiera en su totalidad como *antiautoritario* fue determinado, en efecto, por la condición previa amplia, teórica y emocional, de que la autoridad se asociaba automáticamente a nazismo y fascismo.

En cualquier caso y se mire por donde se mire, hay que dudar de que la sociedad de la República Federal de los años sesenta siguiera siendo especialmente "autoritaria". Esta es una percepción unida a otra gran idea errónea, específica de esta generación, que partía de la base de que la sociedad alemana occidental era de una rigidez "restaurativa" y que el "sistema" no admitía reformas. Nada era menos cierto. La República Federal fue una nueva creación de desarrollo salvaje, por decirlo así, un producto artificial. En realidad, nosotros éramos los que nos balanceábamos sobre las olas como avanzadillas radicales de un cambio socioeconómico y de cultura vital que apenas ha tenido parangón en la historia.

Si, no obstante, la propia sociedad fue percibida por muchos de los más jóvenes como autoritaria, restaurativa e inmóvil, ello no hace más que mostrar la fuerza del impulso de inventarse totalmente “de nuevo a sí mismo” y su mundo vital. Este intento de crearse una esfera de autonomía estricta, un código de reglas y un nuevo ideal propios en oposición radical al *establishment* de la sociedad circundante ha sido, quizá, el mínimo común denominador de todos los movimientos juveniles de este tiempo (tanto del Oeste como del Este).

En la Alemania Occidental, este movimiento tuvo una virulencia que sobrepasó ampliamente tales fenómenos. Cuanto más opresivo era el “regreso” de la historia del nazismo, tanto más total era el deseo de cortar el cordón umbilical que unía al cuerpo de los padres, contaminado por la historia –no siempre en lo familiar y personal, pero sí a nivel de la sociedad–, en el sentido de un fuerte alejamiento del grupo de los mayores “establecidos”, de la generación de la guerra, que ahora, llevando globalmente las cosas al borde, era despreciada y vilipendiada como la “generación de Auschwitz”.

También para nosotros los más jóvenes, el modo de la superación psíquica fue la división. De una forma aún más crasa que para la generación de la guerra, para nuestra generación “el muro” desempeñó, así mismo, el papel simbólico de una delimitación frente a la tierra quemada de nuestra propia historia, quizá se tendría que decir, irónicamente, el de una *barrera de protección antifascista*. Bajo el abrigo y a la sombra de este muro físicamente cochambroso, pero psíquicamente poderoso, podíamos inventarnos y orientarnos de nuevo. Tal como ha descrito Wolfgang Büscher, el muro se convirtió en un papel pintado sobre el cual dibujábamos nuestros propios mundos imaginarios escapistas. Se podría decir también que sobrepintamos la existencia física del muro pagando el precio de su presencia interna. Ahora el muro nos atravesaba a nosotros mismos.

Tal como ya he dicho, al otro lado del muro había una tierra de nadie, “la zona”, por la que pasábamos expeditivamente en los accesos de tránsito a Berlín orlados por policías de la RDA. Es cierto que este muro también tenía sus adeptos, para los que el pasar al otro lado tenía en los años sesenta, todavía, el atractivo de lo prohibido. Como se sabe desde que se han abierto los archivos, los servicios secretos del Este capturaron algunos miles de jóvenes como mensajeros de la paz. Esta “otra Alemania” más allá del muro estaba directamente presente en la política interior de Alemania Occidental después de la nueva constitución del Partido Comunista Alemán (PCA) en los años setenta y ochenta. Pero incluso los jóvenes miembros del Partido recién llegados no han podido hacer nunca nada más que defender esta otra Alemania socialista como “objetivamente progresista”. Nadie pudo entusiasmarse realmente por esta otra Alemania o por el “socialismo real” de cariz soviético.

En el fondo, este mundo detrás del muro siguió siendo tan imaginario como China y Vietnam, Albania o Cuba –todas estas lejanas superficies de proyección de algo que, aparentemente, era totalmente “distinto” y que debía trascender de la realidad de nuestras propias circunstancias sociales–. Todo esto eran actos de reafirmación histórica ideológica para dar fe de nuestro propio gesto de oposición radical. En el fondo no queríamos saber demasiado bien lo que sucedía realmente en aquellos países.

No es casualidad que sólo la película de alguien más joven, Oskar Roehler, haya llegado a mostrar el poder invisible que “el muro” ejercía en las mentes de nuestra generación. En el film *Die Unberührbare* (‘La intocable’) se presenta un psicodrama de la madre del director, la escritora Gisela Elsner, que le había dado en adopción siendo niño para poder vivir plenamente su hastío por el mundo de los pequeñoburgueses de la República Federal, de *Die Riesenzwerg* (‘Los enanos gigantes’, como los llamaba en el título de su novela más conocida), y para poder reinventarse como escritora del partido comunista y sacerdotisa, bella y severa, de un culto privado al Lenin faraónico. La película muestra la total turbación de Gisela Elsner tras la caída del muro en 1989 y finaliza con su suicidio. Aquello que había (como dice la protagonista de la película en un determinado momento) “reventado como una seta” y se había “convertido en polvo”, principalmente en los encuentros con las personas reales de la RDA, que de repente se disolvía, era menos una convicción política que una identidad artificial que nunca había querido acercarse a la RDA real, sino que sólo se había apoderado de ella como una ficción distinta y una confrontación con el mundo de la República Federal. Allí radica la fuerza metafórica de esta historia real.

Por muy poco, los herederos políticos del movimiento alemán del 68, el partido de Los Verdes, hubiesen corrido la misma suerte cuando fueron arrojados del Parlamento en las primeras elecciones generales de la Alemania reunificada en 1990. De todos los partidos de Bonn, aquel era el que menos preparado estaba para el cambio de 1989. Su resistencia a la inminente reunificación adoptó la forma curiosa de una repentina nostalgia por la "vieja" RFA que estaba desapareciendo y contra la que siempre había luchado, o a la que, por lo menos, había observado con desconfianza. Sólo ahora, cuando estos inquietantes habitantes del Este, estos "alemanes más alemanes", penetraban en nuestra pequeña República protegida, comprendimos finalmente esta luna de miel tardía.

¿En qué consistía, pues, esta última alteración profunda de la realidad? No se trataba de ceguera frente a la "cuestión nacional" (algo que corría tan poco de la cuenta de Helmut Kohl como de los demás). En el fondo, la cuestión residía más bien en el reconocimiento de la propia sociedad, a la que ahora había que adherirse definitivamente de forma "unívoca". La caída del muro físico real significó también la caída del muro interno del que he hablado antes. Se había llegado finalmente a la realidad prosaica del propio país, de la propia sociedad y del propio tiempo.

Notas

1[1] . Por Guillermo II (1859-1918), emperador de Alemania y rey de Prusia. (*N. del Trad.*)

2. Ríos de la extinta URSS y la República Popular China, respectivamente. (*N. del Trad.*)

[Traducción del alemán: Christian Martí-Menzel]